

A PROCURA DUN ROSTRO, A ELECCIÓN DUNHA PAIXASE

En Almudena Fernández Fariña conviven impulsos casi contrarios: necesita partir del lenguaje, convertido en fondo de sus cuadros, para poder negarlo e imponer la pintura. Una pintura que aplica con peculiar mezcla de intuición y rigor, lo que provoca que en las mejores obras domine otra mezcolanza: el ejercicio sensual y el desgarrar afirmativo. La serie que presenta es bien explícita, no en vano deja ver una evolución firme y progresiva. En los cuadros anteriores permanece lo que llamamos gusto por pintar, que no es más que un modo de hacer explícito que se siente cierto placer en el ejercicio, incluso el ritmo y el pulso que dirigen la mano, así como una peculiar abundancia, una generosidad al definir las formas que suele conducir hacia el sensualismo. Los tonos con los que resuelve aquellos cuadros, los dominios de su paleta, tienen una especial sintonía, superada en el momento en el que la voz tiende a hacerse más firme. Una estancia en Irlanda coincide con la entrada de textos en sus cuadros. Textos fragmentados, difícilmente legibles.

Aunque no se perciben, son citas sobre el sentido del lenguaje, sobre la palabra o la fidelidad comunicativa de los signos. Lo que ocurre en sus últimas obras es que los dos discursos (literario y plástico) suben de tono y llevan el enfrentamiento a un terreno casi épico. Ya no es una pincelada que gira sobre sí, que se curva con notable alegría en el ejercicio. La disciplina es ahora más brusca: la tela es habitada por el fragmento de un texto (presencia visible para la pintora) negado desde la pintura. En ocasiones, la pintura no llega a ocultar la otra urgencia, lo que el texto afirma, produciéndose un diálogo más difícil. Cuando se impone la pintura, y de un modo casi sistemático, los efectos plásticos son de indudable atractivo. En los cuadros recientes, es notable la decisión con la que ocurre, llevando la materia en gruesas pinceladas y reforzada por la presencia de tramas cada vez más finas y diluidas.

Tras este ejercicio se percibe una vocación lúdica e intuitiva. Se persiguen un debate y una imagen, pero intentando que en el cuadro convivan ambas soluciones, lo que no siempre es fácil. El complemento de esa actitud es una serie de libros, realizados en tela, con fragmentos de cuadros deshechados. Libros en los que afirma con cierto énfasis su lado manual, sus bruscos cosidos, el desajuste de sus hojas, el poder plástico de las imágenes. Curiosamente las letras pierden toda nitidez, transformándose en signos, lo que introduce mayor vivacidad a los resultados. Claro triunfo de la pintura que, ante lo reducido del formato, tendría fuerte competencia de no incidir en la desaparición de los textos. Otro detalle significativo: cuando habla de cómo mostrarlos, prefiere evitar el contacto directo. Que se pierda la sensualidad del tacto, lo que no es sino un modo de afirmar la prioridad de la imagen, del objeto.

Miguel Fernández- Cid.

(Texto de catálogo. Exposición "30 anos no 2000, artistas galegos para un cambio de milenio". Auditorio de Galicia. Santiago de Compostela. 1994).